



de la Solimania.

Apenas supo Clemente VII que las negociaciones del Padre Vicente Cicala con el rey de España habían llegado a buen término, expidió dos breves dirigidos al bajá y le confirió la investidura de los demás territorios turquescos.

Simultáneamente se entablaban conversaciones con el shah de Persia, fanático chiita, enemigo irreconciliable de los turcos y vecino en Oriente de las colonias portuguesas, que entonces pertenecían a la corona española. Noticias traídas por los misioneros indicaban que aquél se preparaba para la guerra, y algunos aseguraban que quería convertirse al Cristianismo. El Papa le envió una embajada por medio de los Padres jesuitas Francisco Corte y Diego de Miranda, que evangelizaban en la India, y un breve a Felipe III recomendándole el asunto, a la vez que se solicitaba el rápido despacho de los misioneros, que debían ser ayudados por el virrey de la India, residente en Goa, y por el capitán portugués de la fortaleza de Ormuz, en el golfo pérsico, para que llegasen cuanto antes a la corte del shah.

Poco después se presentaban en Roma dos embajadores de Persia para tratar de la guerra contra el Turco. El Papa los acogió y les dió credenciales para los príncipes cristianos, entre ellos para el rey de España, en cuya Corte promovieron no pocos escándalos sus acompañantes; uno de ellos, bautizado con el nombre de Diego, fué agredido en un lance nocturno por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo.

Las circunstancias parecían favorecer los proyectos de Clemente VIII. En 1603 se rebelaron los *spahis* en Constantinopla; la guerra estaba encendida en Hungría, y el 22 de diciembre fallecía el sultán Mohamed III, dejando como heredero a un joven de quince años, Ahmed I, con las naturales perturbaciones que una sucesión producía siempre en el Imperio turco, hasta que el soberano reinante lograba exterminar a sus hermanos con arreglo al terrible *Kanun* o decreto de Mohamed II: «Los ulemas han declarado lícito que cualquiera de mis ilustres hijos o nietos que lleguen al poder supremo puede hacer morir a sus hermanos si con ello asegura la tranquilidad del mundo».

El Papa se apresuró para que fuese a Levante Carlos Cicala y escribió al virrey de Sicilia, duque de Feria, para que acelerase los preparativos bélicos; pero por motivos que desconocemos, los príncipes cristianos no acudieron a la empresa o no la consideraron factible, a pesar de haber estallado la guerra turcopersa.

Sinán fué encargado del mando del Ejército contra el shah, y el día 15 de junio de 1604 salió con sus tropas para Armenia.

El Pontífice respiró: si Cicala ganaba la guerra, se levantaría con su Ejército contra el sultán; si la perdía, los cristianos se verían libres de un formidable enemigo. Era el momento de socorrer a Hungría y de avanzar sobre los Balcanes. El gran duque de Toscana, dueño de un Estado rico y floreciente, disgustado con los españoles, no quiso socorrer con dinero y con tropas a los húngaros, y mientras tanto, en una batalla librada el 6 de agosto de 1605 en Tabriz, cerca del lago Urmiah, el Ejército otomano que mandaba Sinán Bajá fué totalmente batido por el shah. El renegado se retiró a Diarbekir, donde gobernaba su hijo Mahmud, y allí murió, del dolor que le produjo la derrota, el 2 de diciembre. Mahmud continuó en el favor que disfrutaba su padre y llegó a casarse, en 1612, con una hermana del sultán.

Así terminó una de las negociaciones más complicadas, difíciles y curiosas para acabar con el poderío turco en el Mediterráneo.

napolitanas, incoándose un ruidosísimo proceso, y Sinán Bajá a través de su hermano Carlos, continuó sus gestiones con la Corte de Madrid.

El 10 de mayo de 1606 autorizaba Clemente VIII al Padre Vicente Cicala para que se trasladase a la isla de Naxos, y le desligaba de toda sumisión a los superiores, permitiéndole moverse con toda libertad y elegir a su regreso el lugar de residencia que más le conviniera.

De lo que trataron en Naxos el Padre Vicente, Carlos y el Bajá nada se sabe, porque el negocio se llevó con un secreto rigurosísimo y no se comunicó ni al Padre Acquaviva, general de la Compañía.

Vuelto a Roma, el Padre Vicente se trasladó a Madrid provisto de un breve para Felipe III y allí se concretaron las condiciones.

Con arreglo a ellas, Sinán Bajá se convertiría al Catolicismo y se levantaría contra el sultán. Felipe III le prestaría naves y dinero y se le unirían las galeras pontificias y las de la Orden de Malta. El Papa le concedía la investidura de todos los territorios poseídos por el Gran Turco, con excepción del reino de Jerusalén y los ducados de Atenas y Neopatria, antigua herencia de la Casa de Aragón, que pasarían a Felipe III; Hungría y Transilvania se adjudicaban al emperador Rodolfo II de Austria, que también prometió su ayuda.